

MAESTRO

Gonzalo Redondo

Los historiadores acostumbramos a decir —es casi ya lugar común— que no cabe establecer distinción entre historia y vida. Y no sólo porque la historia resultó tejida por la vida de los hombres, sino porque nuestra vida propia está —y en qué manera!— integrada, alimentada, por la historia. Cabe proseguirla sin más. Cabe reaccionar frente a ella con ánimo de subvertirla o mejorarla. En cualquier caso, de la historia no podemos prescindir.

Florentino es parte —parte destacada— de mi historia personal. No simplemente «fue»: es. Y no tan sólo por la consecuencia lógica del profundo —y, por tanto, abierto— sentido cristiano que empapó su vida, que nos hace saber que vivo está. Tampoco únicamente por la gloria y la gracia de su buen hacer profesional que permite que de él pueda decirse, como del viejo maestro don Rodrigo,

[...] *otra vida más larga*
de la fama gloriosa
acá dexáis
[...]

Es parte —parte destacada— de mi historia, pues con él, con Florentino, comencé a trabajar. Y, así, aprendí a trabajar el oficio de historiador. Él, en parte destacada, fue quien me enseñó. Y así es hoy Florentino presente en mi trabajo. A sus normas me sigo acogiendo. Por sus pautas me guío.

Florentino es una muestra espléndida de cómo el maestro —cuando lo es de veras— desborda, sobrepasa, al simple especialista. No coincidían nuestros campos de intereses —el suyo, ya cuajado en obras; el mío, no más que en sueños e ilusiones— cuando unos buenos amigos me acercaron a él. Nunca trató de imponerme sus gustos. Me escuchó. Su mente clara, su cordialidad, le permitieron adivinar —más que entender— lo que yo pretendía. Enunció un tema de la historia inmediata de España. Quedé prendido en

él. Respondía con exactitud a lo que yo —tan a tientas— buscaba.

No me dio inicialmente muchas indicaciones. Preferió (y nunca se lo agradeceré de forma suficiente) que tuviera que tallarme, frente a las montañas de papel —periódicos y libros— el instrumento adecuado, el método apto para la investigación histórica, el método acorde con mi persona, que me permitiera avanzar en lo que había sido apenas sugerencia.

Luego menudearon las entrevistas. Me escuchaba; corregía alguno de mis juicios apresurados; un leve comentario, alguna indicación y, siempre, la palabra animosa que empujaba y tornaba en alcanzable lo que había podido parecer esquivo, incomprensible.

Supe de su muy cariñosa contrariedad cuando le dije un día que me iba a ordenar sacerdote: temió, como después diría, que quedara truncado mi trabajo,

En el Club La Rábida. Primer centenario de von Humboldt.
9 mayo 1959.



por más que le alegrara —y mucho— la decisión tomada. Quizá por este hecho pude también saber de su alegría generosa —que se desbordaría en un elogio, amplio como su gran corazón de andaluz bueno— cuando le presenté al fin el trabajo terminado, listo a ser presentado como tesis doctoral.

Florentino, maestro. Su ejemplo y su palabra —brotada de un tiempo que no tenía, pero que parecía crear inagotable para sus amigos— fue lo que me enseñó el rigor con los hechos y la comprensión máxima con los hombres. Más aún me enseñó: a buscar los temas nucleares, a captar cómo una situación histórica siempre ha sido motivada y se resuelve en el ámbito difícil y bellissimo del pensamiento; y debe así aprehenderse en la historia y análisis de las ideas. Sin desconocer los mil condicionantes —de tan distintos órdenes— que concurren y se implican. Sin —igualmente— olvidar que, en el fondo, siempre hay una concepción determinada de la vida, una visión del mundo que germina en una mente y se transforma allí en proyecto y empresa a realizar. Y que es justa-

mente eso lo que hay que intentar alcanzar, comprender y explicar.

Por eso Florentino para mí, aunque muerto, es. No sólo está en el cielo, no sólo está en la mente y corazón de sus amigos. Está en la orientación de las investigaciones, en el ir a lo esencial de los problemas, en no cejar cuando se está buscando. Y en el respeto. El respeto por las cosas y los hombres. Por cuanto es.

Muy comprensible resulta su amor al arte, en cuanto amor a cosas bellas creadas amorosamente por los hombres. Vivió su clara vocación de historiador con apasionamiento, pues arte es la historia: cuando se hace, al vivir; e igual —años después— cuando se intenta comprender lo allí ocurrido, en cuanto patrimonio y lección, y así se expresa en libros, periódicos, revistas.

Quizá sea ésta, en resumidas cuentas, la gran lección de Florentino en lo que a mí respecta: su profunda unidad de vida profesional, su coherencia. Por cuanto así lo entiendo, por cuanto así lo busco realizar en mi trabajo, para mí Florentino no ha muerto: es.